

Bernard-Henri Lévy

ESTE VIRUS
QUE NOS VUELVE LOCOS

Traducción del francés
NÚRIA MOLINES GALARZA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
1. Vuelve, Michel Foucault	21
2. Sorpresa divina	41
3. El maravilloso confinamiento	63
4. La vida, dicen	83
5. ¿El adiós al mundo?	105

PRÓLOGO

A mí también me dejó boquiabierto. Pero lo que más boquiabierto me ha dejado no ha sido la pandemia.

Este tipo de desastres han existido toda la vida.

La gripe española, con sus 50 millones de muertos, hace ya un siglo, causó más víctimas de las que se cobrará, sin duda alguna, el COVID-19.

Por limitarnos a nuestra época, a la que tengo edad de recordar, después de mayo de 1968 vivimos la famosa gripe de Hong Kong, en la que un millón de habitantes del planeta murieron con los labios cianóticos, hemorragia pulmonar o asfixia

(en realidad, no fue tan «famosa», ¡casi ha caído en el olvido! Lo comprobé dedicándole al inicio de la crisis una de mis columnas).

Diez años antes, igualmente borrada de la memoria colectiva, se vivió la gripe asiática que, de nuevo, surgió en China; pasó por Irán, Italia, el este de Francia, Estados Unidos y dejó 10 millones de muertos (de los que 100.000 fueron en Estados Unidos, en Francia, probablemente, hubo una cantidad similar, muchos en hospitales mal equipados donde los cadáveres, según cuentan los últimos testimonios, estaban amontonados en las salas de reanimación sin que pudieran evacuarlos).

No, lo más sobrecogedor ha sido la extraña manera que hemos tenido de reaccionar esta vez.

La epidemia no solo es la del coronavirus, sino la del miedo que se ha cernido sobre el mundo.

Hemos visto temperamentos de acero que, de un día para otro, se han quedado paralizados.

Hemos oído a los intelectuales, que habían vivido otras guerras, recuperar la retórica del enemi-

go invisible, de los combatientes de primera y segunda línea, de la guerra sanitaria total.

Hemos visto París vaciarse, igual que en el *Diario* sobre la Ocupación de Ernst Jünger.

Hemos visto las urbes de todo el mundo convertirse en ciudades fantasma con sus avenidas mudas, como senderos campestres, donde los días, como decía Víctor Hugo, eran iguales que las noches.

He visto, en los vídeos que me enviaban desde Kiev y Milán, desde Nueva York y Madrid, también desde Lagos, Erbil o Qamishli, a los escasos transeúntes que había por las calles yendo a toda prisa, cuya presencia parecía únicamente para recordar la existencia de la especie humana, aunque, en cuanto veían aparecer a otra persona, cambiaban de acera, con la cabeza gacha.

Todos hemos visto, de un rincón a otro del planeta, en los países más desfavorecidos igual que en las grandes metrópolis, pueblos enteros estremecerse y dejarse confinar en sus hogares, a veces a porrazos, como animales en su redil.

Los manifestantes de Hong Kong, como por arte de magia, han desaparecido.

Los *peshmerga*, esos guerreros cuyo nombre significa que saben desafiar a la muerte, se han refugiado en sus trincheras.

Los saudíes y los hutíes, que disputaban en Yemen una guerra interminable, anunciaron, en cuanto se tuvo noticia de los primeros casos, un alto el fuego.

Hizbulá se ha confinado.

Hamás, que entonces lamentaba ocho casos, declaró tener un único objetivo bélico: obtener mascarillas de Israel. «¡Mascarillas! ¡Mascarillas! ¡Nuestro reino por unas mascarillas! Si hace falta, dejaremos sin aliento a 6 millones de israelíes».

El Dáesh ha declarado Europa zona de riesgo para sus combatientes, que se han ido corriendo a sonarse con pañuelos mentolados al fondo de alguna cueva siria o iraquí.

Panamá, tras detectar un caso sospechoso, ha confinado en la jungla a 1.700 personas, desespera-

das, que iban de camino a la frontera con Estados Unidos.

Nigeria, sobre la que, unas semanas antes, publiqué un artículo dedicado a las masacres de los pueblos cristianos a manos de yihadistas fulanis, contabilizaba, a mediados de abril de 2020, según la agencia de noticias francesa AFP, doce muertos por el virus y dieciocho personas asesinadas por las fuerzas de seguridad por no respetar el confinamiento.

Bangladés, donde estaba haciendo un reportaje unas horas antes de que Francia cerrara sus fronteras, acumulaba toda clase de calamidades; allí la gente moría de dengue, de cólera, por la peste, la rabia, la fiebre amarilla y virus desconocidos; pero en cuanto se detectaron algunos casos de COVID-19, todo el país, como una sola alma, se sumó al confinamiento.

Y, en verdad, todo el planeta —tanto países ricos como pobres, los que podían aguantar y los que se van a desmoronar— se ha abalanzado sobre la idea de una pandemia inédita que está a punto de exterminar al género humano.

¿Entonces?

¿Qué ha podido suceder?

¿La viralidad no solo del virus, sino del discurso en torno a él?

¿Ceguera colectiva como en la novela de Saragama en la que una misteriosa epidemia condena a la ceguera a una ciudad entera?

¿Victoria de los colapsólogos que desde hace tiempo predecían el fin del mundo y decían que veían cómo asomaba la nariz, y ahora nos dan una última oportunidad para hacer enmienda y poner el contador a cero?

¿La de los amos del mundo que ven en este gran confinamiento —traducción del «gran encierro» sobre el que teorizaba Michel Foucault en los textos donde esbozaba los sistemas de poder del futuro— la repetición general de un nuevo tipo de requerimiento o una nueva manera de hacer entrar en razón al cuerpo?

¿Un Gran Terror, como el de 1789, con su correspondiente ración de noticias falsas, conspiraciones, huidas desesperadas y, un día, asonadas sin esperanza?

¿Lo contrario? ¿La señal, tranquilizadora, de que el mundo ha cambiado, de que por fin considera que la vida es sagrada y que, entre ella y la economía, ha elegido la vida?

¿O todo lo contrario? Una pérdida colectiva del control, agravada por las cadenas de medios de comunicación y las redes sociales, que, con su habitual matraca, día tras día, con las cifras de recuperados, de enfermos graves y de muertos, nos han situado en un universo paralelo donde no existía nada más en ningún rincón del mundo, ninguna noticia que no fuera esa y que, literalmente, nos han hecho enloquecer. ¿Acaso no es ese el funcionamiento de la tortura china? ¿No ha sido demostrado que el sonido de la gota de agua, repetido de manera indefinida, se convierte en un amenazante dragón? ¿Cómo reaccionaríamos si la Dirección General de Tráfico se atreviera a colocar a cada kilómetro un altavoz gigante que anunciara, en bucle, los accidentes mortales en carretera de la jornada?

En estas semanas, he tenido en la mesita de noche, siempre valiosísimo, el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de La Boétie.

Me han acompañado, para intentar pensar esta singular sumisión mundial a un acontecimiento que, repito, ha sido trágico, pero de ningún sin precedentes, mis recuerdos de René Girard y de su deseo mimético, que también es un virus y que, como todos los virus, causa pandemias.

También de Jacques Lacan, quien planteaba que, frente al surgimiento de un «punto de real», uno verdadero, que nos choca y contra el que nos chocamos, que deja un hueco en el saber y del que no hay imagen (¿acaso no es lo que sucede con cualquier virus nuevo, sea cual sea?), la humanidad tiene dos opciones: la negación y el delirio, la neurosis y la psicosis; Trump y su berrinche diciendo que hay que «liberar Michigan» o los gobernantes inquietos por la amenaza, abanderada por colectivos de abogados, de un «Núremberg del coronavirus» y que consideran más prudente poner el mundo en pausa.

Era demasiado pronto para cortar en seco.

Hoy, todavía, mientras escribo estas líneas y el mundo empieza a «desconfinarse», es demasiado pronto no solo para descifrar el código del virus, sino del pavor que ha suscitado.

Y yo, que también tengo mis muertos a los que no he acabado de llorar, no tengo ánimos para reírme con la risa brechtiana que, quizá, algún día, nos inspirará todo este espectáculo protagonizado por la distancia social ante nuestra atónita mirada.

Sin embargo, ya es hora de hablar de los efectos que ha tenido la pandemia en nuestra sociedad y en nuestro espíritu.

Sin embargo, ya es hora de hablar de lo que se ha puesto en marcha tanto en eso que nos une como en lo más oscuro y profundo de nosotros mismos.

Es cierto que, como le gustaba decir, no sin un deje de ironía, a aquel médico alemán de finales del siglo XIX, padre de la anatomía patológica, Rudolf Virchow, «una epidemia es un fenómeno social que conlleva algunos aspectos médicos». Ya ha lle-

gado el momento de tomar las riendas de la mente e intentar describir algunos de los aspectos no médicos de esta historia.

Algunos son hermosos.

Hemos vivido momentos de auténtico civismo y solidaridad.

Y nunca celebraremos lo suficiente que la sociedad, por fin, se haya dado cuenta no solo de la existencia, sino de la eminente dignidad de un pueblo de humillados (personal sanitario, cajeros y cajeras, agricultores, transportistas, barrenderos, librereros...) que, esta vez, han salido de las sombras.

Pero hay otros aspectos menos amables.

Se han dicho palabras, se han adoptado costumbres, han vuelto reflejos que me han horrorizado.

Los principios que yo defendía y que son lo mejor de las sociedades occidentales se han visto atacados tanto por el virus como por el virus del virus mientras moría la gente.

Y como las ideas también morían, ya que viven de la misma materia que los seres humanos —y como es posible que haya rebrotes—, esas ideas se

han quedado varadas en la orilla, igual que medusas muertas, han desaparecido sin dejar rastro, porque estaban, como nosotros, hechas casi al completo de agua. En este texto, trataré de defender esos ideales.

Primer Pavor Mundial (igual que se dice de la guerra): balance de etapa.

Como ahora lo que se lleva son los recuentos, aquí presentaré no un balance estadístico, sino uno más difícil de calcular (¿acaso no dice la ley del estupor que, cuando más duro es el golpe, más alterada se ve la capacidad de razonar?): el recuento de los golpes que han sufrido, durante esta extraña crisis, nuestras metafísicas íntimas: no es demasiado pronto para esta batalla y ya no les corresponde ni a los políticos ni a los médicos la responsabilidad o el riesgo de librarla.

VUELVE, MICHEL FOUCAULT

Lo primero que me sorprendió fue el auge del «poder médico».

Sin embargo, tampoco es novedad.

Ese poder lleva muchos años de historia a sus espaldas.

Galeno, el médico filósofo que —en calidad de médico— prácticamente fue el guía espiritual de Marco Aurelio, Cómodo y Septimio Severo.

John Locke, a quien acabamos de entender gracias a sus manuscritos de estudiante en Oxford, y lo que le debe su invención de los derechos humanos a su formación como experto en el bienestar del cuerpo.

A partir de la Revolución francesa, la imagen del magistrado-médico, cuya figura emblemática sería Cabanis (que se salvó del Gran Terror gracias a sus saberes de galeno).

Michel Foucault explica que no se pueden entender las disciplinas que surgieron en la época clásica de la mano de los Estados si no reparamos en que se inspiran en el modelo tanto del hospital como de la prisión; *Vigilar y castigar*, sí, pero antes, *El nacimiento de la clínica* y su arqueología de la mirada médica llamada a alimentar los «saberes-poderes» contemporáneos.

Al releer a este filósofo tampoco podemos evitar doblar las esquinas de las páginas que dedica a la gestión, hasta el siglo XVIII, de las epidemias de peste, en las que no se optaba, como con la lepra o los locos, por el ostracismo en una isla o por un gueto en los confines, sino por el confinamiento de la ciudad entera; cada cual en su casa; los vigilantes del barrio patrullando y amonestando a quienes se saltaban el confinamiento y, cuando caía la noche, todo el mundo salía al

balcón; una costumbre que antaño no era para aplaudir a los sanitarios, sino para permitir a las autoridades contabilizar los muertos, los moribundos y los vivos.

Pero ¿nos encontramos ante el descrédito creciente del discurso público?

¿El repudio de las élites en su estadio final?

¿El sello de los poderes desorientados que ya no saben a qué santo encomendarse?

Las cosas nunca habían llegado tan lejos.

Nunca se había invitado cada noche a todos los hogares a un médico para anunciar, como una pitonisa triste, el número de muertos de la jornada.

Nunca habíamos visto en Europa a los jefes de Estado y presidentes rodearse de uno o varios comités científicos antes de hablar.

Nunca, en Estados Unidos, hubiéramos imaginado al surrealista señor Trump nombrando a un epidemiólogo dirigente de una fuerza operativa y nunca nos habríamos imaginado que, confundido por la popularidad de aquel a quien *The New Yorker* llama «el médico de América» —atónito ante la

plaga de calcetines con su cara, camisetas con la frase estampada de «*In Fauci We Trust*» [En Fauci confiamos] o de «cócteles Fauci» con limonada, flor de saúco y vodka, aturdido por la metamorfosis de este consejero convertido en un personaje de culto entrevistado en SnapChat y en YouTube, por todo lo que la contracultura considera más de moda—, que por alguien así Trump hubiera accedido a quedarse en segunda fila y a dejarse contradecir o incluso meter en cintura.

Tampoco habíamos visto nunca, en todas las pantallas del planeta, la imagen de esos editorialistas cediendo espacio a los comentaristas de hospitales, recién aterrizados en esos ambientes; a veces eruditos, a veces menos, pero siempre investidos —como Fauci en el videojuego donde lo vemos fulminar con los ojos al temible dragón coronavirus— de una aura que crece y no deja de crecer, como la estrella misteriosa de Tintín.

Sin olvidar, en Francia, el espectáculo de esta antigua ministra de Sanidad, Roselyne Bachelot, de la que de repente descubrimos que también es

doctora en Farmacia y a la que le debemos la sagacidad de haber almacenado vacunas y mascarillas en una época en que el planeta reducía las existencias de esos productos; ahora se la consulta como si fuera un oráculo; después de que en su época acabara con la reputación por los suelos, ahora resulta que es una figura admirable y casi canonizable. Seguro que se ríe de cómo han cambiado las tornas y del papel que se le ha impuesto ahora; no se deja engañar por las medallas que no paran de imponerle en retrospectiva y que recibe con falsa modestia; ya no es ni ministra ni cronista, sino una humilde eminencia reconvertida en mensajera de la buena nueva científica antaño perdida.

Tampoco nos podemos olvidar de otro exministro, Philippe Douste-Blazy, autor, en 2004, de un plan de lucha contra la pandemia gripal del que nadie había tomado nota: también le debe de resultar increíble, quince años después, su catódica rehabilitación y su inesperado regreso...

Se dirá que, frente a un episodio sanitario, cuyas causas siguen siendo desconocidas, más vale una ba-